



Masoquismo erógeno y desmezcla pulsional: un enigma en la economía del placer

Erogenous Masochism and Pulsional Blending:
An Enigma in the Economy of Pleasure

Nora Bolis¹
norabolis@gmail.com

Resumen: En este escrito proponemos un recorrido que pesquisa la noción de cualidad del estímulo esbozada por Freud en el *Proyecto de Psicología* (1895), como factor temporal. Hay una insistencia en los textos en los que Freud talla el concepto de pulsión, en vincular la dimensión cualitativa a un carácter temporal del estímulo. En *El problema económico del masoquismo* (1924) el término “ritmo” delinea un más allá del factor cuantitativo, como determinación del placer-displacer. Hipótesis enigmática, que queda suspendida al margen del desarrollo del artículo centrado en el masoquismo erógeno y su articulación con la mezcla pulsional. Sin embargo, la operatoria de intrincación pulsional, articula una temporalidad. Esta conjetura se hilvana partiendo de las secuencias y detenimientos del devenir pulsional, a los tiempos o fases en la fantasía.

Palabras clave: pulsión; factor cualitativo; temporalidad; fantasía.

Abstract: In this paper we propose a tour that investigates the notion of the quality of stimulus outlined by Freud in the Psychology Project (1895), as a temporal factor. There is an insistence on the texts in which Freud carves the concept of sexual instinct, on linking the qualitative dimension to a temporal character. In *The Economic Problem of Masochism* (1924) the term “rhythm” delineates the determination of pleasure-displeasure, beyond the quantitative factor. This enigmatic hypothesis is suspended on the margin of the development of the article centred on erogenous masochism and its articulation with the pulsional mixture. However, the operation of pulsional intrication articulates a temporality. This conjecture is threaded starting from the sequences and detentions of the pulsional becoming, to the times or phases in the fantasy.

Keywords: sexual instinct; qualitative factor; temporality; fantasy.

1 Nora Bolis es profesora de la Maestría en psicoanálisis de la Universidad Nacional de Rosario.

El ritmo pulsional

En este escrito se retoman algunos de los interrogantes surgidos en una indagación previa sobre las dificultades que presentaban las nociones de afecto y monto de afecto en la Metapsicología de 1914-1915. La relación que establece Freud entre el fenómeno del afecto y el acontecimiento de la sensación corporal -como expresión última del afecto-, nos condujo a pesquisar en el *Proyecto de Psicología* (1895), la noción de cualidad. Freud introduce este término para definir las sensaciones y un factor o carácter del estímulo interno. Estímulo que luego precisará como el accionar de las pulsiones en el aparato psíquico. Freud busca situar la especificidad de la cualidad del estímulo, diferenciándola del aumento o la disminución de la excitación psíquica como factor cuantitativo. Este par de factores, asociados en su diferenciación pero no simétricos, definen de distinto modo al estímulo primero y a la pulsión después según el momento de teorización y las hipótesis que lo sustentan.

La conciencia nos da lo que se llama *cualidades*, sensaciones que son *algo otro* dentro de una gran diversidad, y cuya alteridad es distinguida según nexos con el mundo exterior. En esta alteridad existen series, semejanzas, etc.; cantidades, no las hay aquí en verdad [...] Uno vislumbra que el carácter de la cualidad – la sensación consciente – sólo se produce allí donde las cantidades están desconectadas lo más posible (Freud, 1979, p.353).

En esta obra, Freud postula como factor cualitativo del estímulo al *período*, subrayando su rasgo temporal. Es interesante anotar que Freud conjetura que ante este carácter temporal de la excitación no hay resistencias en las barreras contacto. El período se ‘transmite’, sin encontrar resistencias, circularía hacia las neuronas ω (conciencia) “más allá” de las vías trazadas por la facilitación en el sistema Ψ (Psi). La expresión “más allá” es empleada aquí sugiriendo una deriva en la circulación del factor cualitativo de la excitación que no queda amarrada al funcionamiento de la memoria que Freud construye en el *Proyecto*.

Hay una insistencia en los textos en los que Freud va tallando laboriosamente el concepto de pulsión el *Proyecto de Psicología* (1895), *Pulsiones y sus destinos* (1915), *Más allá del principio del placer* (1920) y el *Problema económico del masoquismo* (1924), en vincular el elemento cualitativo del estímulo a un carácter temporal. La oposición a lo cuantitativo permite inferir a posteriori, la insuficiencia del principio de placer como postulado, o principio último. Algo en el funcionamiento del aparato psíquico, en lo específico de la pulsión tal como lava delineando Freud ya desde el *Proyecto de Psicología* excede, el principio de constancia, de rebajamiento de la energía como fundamento único. El horizonte que establece la homeostasis es resquebrajado desde el comienzo por cierto carácter del estímulo que no puede ser retenido en las redes de la memoria, mediante las vías que se inscriben –facilitan- en las barreras-contacto.

Freud retoma la tesis del factor cualitativo en *El problema económico del masoquismo*, luego de postular el concepto de pulsión de muerte y la mezcla pulsional. En este texto nos encontramos con el término “ritmo”, como aquello que delinearía un más allá del factor cuantitativo en la determinación del placer-displacer. Freud discute su propia concepción del placer entendido sólo como descarga, ya que en el caso de la excitación sexual, un aumento de la tensión puede resultar placentero. La explicación económica no resulta ya suficiente y Freud vuelve sobre la hipótesis del factor cualitativo al conjeturar el ritmo, como el ciclo temporal de las alteraciones de estímulo. Esta hipótesis es sugerida, y resulta enigmática, al quedar en un margen del desarrollo argumental del artículo centrado en el masoquismo erógeno y su articulación con la mezcla pulsional postulada en el capítulo IV de *El yo y el ello*. Sin embargo, la operatoria referida a la intrincación de los dos tipos de pulsiones, define también una secuencia, un carácter temporal, que no queda totalmente subsumido en la repetición, aunque puede conjeturarse un anudamiento entre ambas dimensiones temporales. Esta conjetura se despliega a continuación en un recorrido que va desde las secuencias y detenimientos del devenir pulsional, a los tiempos o fases que Freud construye en la fantasía.

Masoquismo erógeno y mezcla pulsional

En la definición que construye Freud en *El problema económico del masoquismo*, ubica al masoquismo erógeno como el relicto de la mezcla originaria de Eros y pulsión de muerte, o más bien de lo no-ligado de esa mezcla, o intrincación. Desmezcla que tiene lugar, a partir de la introyección de la figura paterna, por la vía del Ideal del yo y el Superyó. Esta articulación entre desmezcla pulsional e identificación es hilvanada por Freud en los capítulos de *El yo y el ello*. En el capítulo referido a *Las dos clases de pulsiones* Freud afirma que la mezcla de Eros y pulsión de muerte, es aún irrepresentable. El carácter mudo de la pulsión de muerte, imprime un margen de no representabilidad al devenir pulsional, en tanto en su base se trata de una “mezcla”. El masoquismo originario, como relicto del tiempo en que aconteció la mezcla pulsional, da cuenta de la “parte” no ligada de la pulsión de muerte, de lo que no puede ser tomado en la aspiración unificadora de la libido. El masoquismo como origen de la vida pulsional, primera fase de un ciclo que se repite, instaura un más allá de la satisfacción en la meta de la pulsión, lo que no puede expulsarse, lo que no encuentra un “afuera” del cuerpo como descarga. Freud sostiene que al no “expresarse”, en sadismo dirigido a un objeto, al tomar como objeto al ser propio, nos muestra lo *no ligado* de la pulsión de muerte por su accionar en el interior. Lo que no ha devenido componente de la libido tiene como objeto al ser propio. Primer tiempo del circuito pulsional como agujero centrípeto, que promueve la desligazón en tanto lo ‘interno’ se vuelve exterioridad inasimilable.

En el capítulo titulado *Los vasallajes del yo*, Freud explica la particular posición del Superyó respecto del yo, adjudicándolo al hecho de que su conformación no es

de una sola vez, se produce en al menos dos tiempos. Lo ordena de este modo: un primer momento de la identificación inicial, allí donde todavía no hay un yo constituido, dice “el yo era todavía endeble” y un segundo tiempo como herencia del complejo de Edipo, mediante la identificación secundaria, como identificación a un rasgo del objeto de amor perdido. El Superyó se exterioriza esencialmente como crítica, de allí su dimensión, su estatuto de voz o de voces. En el mismo texto Freud vincula la faz inconsciente del Superyó, más precisamente su conexión con el ello, con el carácter particular que toman las representaciones palabra, lo *oído*, en la constitución de la instancia crítica:

Ahora bien teniendo en vista la significatividad que atribuimos a los restos preconcientes de palabra en el yo, surge una pregunta: el superyó, toda vez que es inconsciente, ¿consiste en tales representaciones palabra, o en qué otra cosa? La respuesta es que el superyó no puede desmentir que proviene también de lo oído, es sin duda una parte del yo, y permanece accesible a la conciencia desde esas representaciones- palabra (conceptos, abstracciones) pero la energía de investidura no les es aportada a estos contenidos del superyó por la percepción auditiva, la instrucción, la lectura sino que la aportan las fuentes del ello (Freud, 1979, p.73).

Se trata de lo oído pero es otra cosa, que las representaciones palabras, y este carácter de otra cosa, estaría otorgado por su investidura que remite a la conexión con el ello. Es importante destacar la heterogeneidad que establece entre lo oído que es constitutivo del Superyó y las representaciones palabra. Heterogeneidad otorgada por la investidura, es decir por el modo en que eso se inscribe.

¿Cómo podemos articular este momento donde algo se determina en la estructura, lo que ocurre a nivel de la identificación, la constitución de Ideal del yo y el Superyó y lo que Freud designa como ‘raíz pulsional’, el *ello*? O podríamos decir aquello que se transforma en el nivel de lo pulsional. Cuando algo se inscribe como reprimido en el aparato psíquico, hay desmezcla pulsional, en otros términos, hay desligadura, la pulsión de muerte, queda a la deriva, en esta especie de circulación entrópica. Podría esbozarse en estos términos, la desligadura, la desmezcla pulsional es condición de la inscripción. El masoquismo erógeno, la pulsión de muerte no derivada hacia el exterior, como impronta en el cuerpo de lo no representable, del silencio en el campo del Otro, de la imposibilidad del sujeto de decirse en y por el lenguaje. En este sentido el masoquismo es un momento necesario y ya no contingente en la estructuración subjetiva, y está estrictamente anudado con la ‘raíz pulsional’ del Superyó, con la pregnancia de las voces y el vacío de la voz en su función de objeto pulsional.

Para bosquejar una primera aproximación a la voz definida por Lacan como uno de los objetos pulsionales, seguiremos la elaboración de Jorge Fukelman (2002) sobre la voz animal como voz perdida. En sus clases sobre *Diagnóstico e iniciación del*

tratamiento extrae de las reflexiones de Agamben (2003) sobre el lenguaje, la noción de voz animal como voz no separada del cuerpo, voz que es cuerpo. Esta voz está irremediablemente perdida para el sujeto hablante. Fukelman se pregunta, ¿qué va a ocupar el lugar de esa voz perdida?

Los sonidos en tanto seres hablantes nos remiten al campo de la significación, creando una hiancia, un vacío insalvable que produce en el lugar de la voz perdida, una voz inaudible, el espacio de un “querer decir” que no se agota. “Querer decir” potencial, allí donde algo no fue dicho o lo que falta a lo que está dicho. Lo que no termina de decirse y sitúa el límite de lo indecible. Fukelman propone pensar la voz perdida como inaudible ensayando en una analogía con la imposibilidad de experiencia ligada a la muerte:

Lo que me interesa subrayar es que esta voz inaudible, en tanto inaudible carece de experiencia posible; o mejor dicho, una voz que no se escucha, nos permite construir la experiencia de aquello que no podemos experimentar. Esto es paralelo, como Freud nos ha enseñado a la experiencia de la propia muerte. Nosotros no tenemos experiencia de la propia muerte, salvo la experiencia de no tener experiencia (Fukelman, 2002, p. 6).

Este “querer decir” que pulsa con un ritmo más allá de lo dicho está su vez, anudado al decir. Ritmo que “resuena” en el cuerpo. ¿Qué cuerpo? El cuerpo no subsumido en la imagen especular, en menos o en exceso de esa imagen en la que nos reconocemos. En este ritmo que reverbera en el cuerpo desposeído de la voz animal, Fukelman sitúa los agujeros que el símbolo produce en el cuerpo, como los “agujeros del cuerpo ligados a la filiación” (Fukelman, 2002). Los agujeros que el símbolo, que lo no representable de la sexualidad y la muerte, producen en el cuerpo, o podríamos decir produce un cuerpo que no se hace uno con su imagen, esos agujeros no especularizables del cuerpo remiten a lo que Freud designa como los puntos de fijación de la pulsión.

Agamben en el seminario publicado como *El lenguaje y la muerte* explora la cuestión de la Voz en el pensamiento occidental y su función de articular la relación entre el lenguaje y la muerte. Retoma la noción de Voz como articulación originaria del lenguaje, pensada como doble negatividad o negatividad pura. Por una parte, está supuesta como voz quitada, como “ser sido de la voz natural, animal” y este quitarse es la articulación en la que se cumple el paso del viviente al lenguaje. Por otra parte la Voz, no puede ser dicha por el discurso, del cual muestra su tener-lugar originario. Decir sí al lenguaje es incorporar por medio de la Voz, la muerte como inherente al estar en el lenguaje. El ser humano incorpora la negatividad propia del estar en el lenguaje. “Consentir el lenguaje significa hacer de tal modo que, en la experiencia abismal del tener-lugar del lenguaje, en el quitarse de la voz, se abra al hombre otra Voz, y con esta, la dimensión del ser y a la vez el riesgo mortal de la nada” (Agamben, 2003, p.139).

En el decir sí al lenguaje el ser humano “adquiere” de algún modo esa relación con la muerte, que la hace pensable pero sin posibilidad de experiencia. O más bien, se establece la posibilidad del pensamiento de lo impensable. Así como no hay experiencia de la muerte no hay experiencia de la Voz, pero esa no experiencia, funda el pensamiento. El hombre es aquel que se quita y a su vez se conserva en el lenguaje, pero se conserva como indecible. Es porque hay un querer decir que nunca puede ser dicho plenamente en el lenguaje, que es pensable el shifter y la enunciación. Es el modo humano de “haber” el lenguaje. Podemos pensar entonces en este cruce del cuerpo y el lenguaje, la voz se produce como división íntima y siempre secreta del cuerpo.

Desde la perspectiva de la constitución subjetiva, en la voz materna, resuena un silencio que es irreductible, y es ese intervalo, esa escansión, la que permite la erogenización del cuerpo del niño, es allí donde algo del objeto puede empezar a recortarse, y anaclíticamente una fuente pulsional dibujarse. Si la voz materna fuera pura continuidad sin escansión, sin ritmo, sin silencios, sin variaciones, puro enunciado sin un querer decir pulsionante, el niño, no encontraría resquicio, agujero donde la intrincación de las pulsiones sexuales y la pulsión de muerte pueda producirse. Y esto se hace claro cuando Freud dice que la pulsión de muerte es muda, si un silencio irreductible pero articulado en un ritmo no se pone en juego en el decir materno, no hay intrincación pulsional. La desmezcla pulsional, tal como la plantea Freud supone ya un segundo momento, donde el conflicto edípico confrontará al sujeto, posibilitando la “introyección de la figura paterna”, la incorporación de las voces, que conformarán el núcleo del Superyó. La desmezcla pulsional trazará los puntos de fijación en el cuerpo de la imposibilidad estructural de unificación libidinal. Mezcla y desmezcla pulsional en la teorización freudiana permiten elaborar los efectos del encuentro entre cuerpo y lenguaje, en la configuración de las voces y los tiempos de la pulsión.

Masoquismo y temporalidad: la regresión

Desde las articulaciones entre identificación y devenir pulsional, que Freud conjetura en “El yo y el ello”, tiene que producirse desmezcla para que la pulsión quede anudada, por la vía de la represión al campo de los representantes. En otros términos, para que haya inscripción psíquica del empuje pulsional. Es decir que hay inscripción psíquica como representación de la pulsión, en la desmezcla, donde la pulsión de muerte cumple su función de desagregar, infiltrando la imposibilidad de representar en el campo de la representación. La función de lo no representable instauro tiempo psíquico. La insistencia de lo no representable, fundada en la fijación de la pulsión, es la articulación psíquica del ritmo pulsional, del devenir de la pulsión, sus detenciones y virajes.

Los puntos de fijación de dicho recorrido pulsional produce una sustracción en el campo de los representantes, trazando el empuje pulsional como lo

inconmensurable de un tiempo que no pasa. Ese tiempo que no pasa, esa “cualidad” temporal de la pulsión, no cesa de configurar el movimiento en los distintos estratos de las escenas en la fantasía. En este sentido reformulamos o reescribimos la definición de Freud en *Pulsiones y sus destinos* sobre el “trabajo” que la pulsión imprime al psiquismo en su intrincación con el cuerpo.

¿Cómo especifica Freud esa operación determinante para la neurosis de fijación de la pulsión? En el artículo *Pegan a un niño*, Freud ubica a la segunda fase de la fantasía, como la más importante y grávida en consecuencias, pero agrega: “en cierto sentido puede decirse que ella nunca ha tenido una existencia real. En ningún caso es recordada, nunca ha llegado a devenir consciente. Se trata de una construcción del análisis, mas no por ello es menos necesaria” (Freud, 1979, p.183).

La importancia de esta fase radica en que su soporte es un punto de fijación, de detención en el devenir de la pulsión. Este punto de fijación se produce como efecto del proceso represivo, como inscripción de la prohibición del amor incestuoso de la niña por el padre. Quedando la culpa como la trama más evidente de dicha escena “Yo soy azotado por el padre”, pero Freud no limita el masoquismo a “la expresión directa de la conciencia de culpa”, porque en todo caso, aquí no hay recuerdo, hay resistencia a la representación, pero hay satisfacción autoerótica, hay cuerpo y mudez anudados en ese tiempo detenido. Freud define como fijación a la regresión, como rebajamiento regresivo, allí donde lo genital, en términos fálicos es interpelado, responde la organización sádico-anal, lo pre-genital. El erotismo asociado a la posición masoquista es “el sustituto *regresivo* de la referencia genital prohibida” (Freud, 1979, p.186). Es interesante re-leer esta noción freudiana de fijación libidinal como *regresión*, como una modulación temporal, que implica fijeza y un circuito que no cesa al mismo tiempo. La fijeza de una modulación temporal que no cesa, pero que en ese no cesar muestra, el imposible en el que se sostiene. Este “desarrollo” pulsional es el que Freud comienza a figurar en *Pulsiones y sus destinos*, cuando lo describe como “oleadas singulares, separadas en el tiempo y homogéneas dentro de la unidad de tiempo”, pero, “[...]la primera erupción de lava la más originaria prosigue inmutable y no experimenta desarrollo alguno. La siguiente está expuesta desde el comienzo a una alteración, por ejemplo, la vuelta a la pasividad [...]” (Freud, 1979, p.126). Entonces la fijación por regresión, no adscribe a un detenimiento porque a lo que se vuelve, está ya alterado, y lo anterior altera lo que sigue, en términos de fases del desarrollo pulsional. El sujeto es amado en tanto es azotado, pegado, castigado. La pulsión queda fijada a un modo de satisfacción y el circuito aislado, esbozando un ritmo, como repetición donde el acento está puesto en una caída, un agujero que captura al sujeto en una atemporalidad, en una imposibilidad de contarse. Tal vez este “fuera del tiempo” sea una de las figuras de la resistencia en el análisis, con la que Freud se encuentra al postular el masoquismo moral.

En su libro *La obra del tiempo en psicoanálisis*, Sylvie Le Poulichet (1996) engarza temporalidad psíquica y sustitución en la articulación de los tiempos de la fantasía, aislados por Freud:

La formación misma de los estratos resulta siempre de un proceso de sustitución, ‘como si la temporalidad fuese producida aquí por la operación misma de sustitución’. Así la idea de una progresión lineal queda subvertida por este trayecto donde el comienzo no es la fuente, donde la fase final es sólo un retorno enmascarado de la primera, mientras que la segunda presenta el lugar de la repetición fundamental de lo que nunca tuvo existencia real (Le Poulichet, 1996, p.175).

La configuración de esta temporalidad psíquica posibilita según la autora

[...]el tiempo de engendramiento de lugares psíquicos en la experiencia analítica a través de este secuenciamiento de anticipaciones -primer tiempo-, sustitutos fuentes- segundo tiempo como fuente de excitación- y puestas en perspectivas-ubicación de la mirada que enmarca la escena[...] (idem, p.175).

La modalidad temporal que instaaura el movimiento de los lugares en el marco de fantasma, es la modulación psíquica de lo inarticulable del ritmo pulsional, o lo que Freud puntualiza como “cualidad” temporal del estímulo. Puede designarse ritmo pulsional, a ese exceso - cualidad en cierta medida indescifrable para Freud- que modula una gramática en la constitución del fantasma. En el marco de la cura analítica la repetición va a ser la vía por la que se produzcan las diferencias, en un movimiento de sustitución que produce tiempo. “Ahí donde eso no cesaba, el pasado debe venir del porvenir de las sustituciones” (LePoulichet, 1996, p.177).

El látigo significativo o la articulación del fantasma

En el Seminario *Las formaciones del Inconsciente*, Lacan acentúa el carácter de “inaudito” del segundo tiempo del fantasma *Pegan a un niño*, escena que no es recordada que debe ser reconstruida. En el segundo tiempo, se encuentra para Freud la esencia del masoquismo. Lo inaudible resuena, lo nunca escuchado empuja lo que no cesa de oírse. Esto inaudito se encarna como exceso, como empuje incesante de la pulsión, y más allá del principio del placer, como relictos, resto de la mezcla de Eros y pulsión de muerte. Freud al analizar la articulación de la fantasía con el complejo de Edipo, señala que es su cicatriz, y que puede permanecer aislada, separada del desarrollo libidinal posterior a la resolución del mismo.

Entendiendo desde la lectura de Lacan en el Seminario, que el golpe del látigo opera como el pivote, el articulador de los tiempos del fantasma, cabe subrayar que el látigo funciona como el eje de la relación al deseo del Otro. Lacan señala la doble faz del significativo, en la relación del sujeto al deseo mediatizado por el falo. Según Lacan de lo que se trata es del reconocimiento. En el primer tiempo del fantasma,

el que es destituido, expulsado es el rival. Ahí el látigo, la vara ya cobra su dimensión simbólica en tanto tacha al sujeto, lo anula. Lacan señala esto como lo propio del orden significante. En el segundo tiempo algo se ha producido en el plano simbólico en función de la reversión pulsional, allí donde el movimiento se vuelve reflexivo. El castigo no es sólo consecuencia de la culpa ante la fantasía incestuosa, sino que el castigo mismo es lo que estás erotizado. Lacan insiste en que es el “carácter simbólico de la fustigación lo que está erotizado”. Aquello que degrada al sujeto es lo que lo consagra: “En cuanto deseo siente que es blanco de algo que de hecho lo consagra y lo valoriza, profanándolo al mismo tiempo[...]” (Lacan, 2001, p.255). El látigo que castiga aboliendo al sujeto, presenta en su reverso la dimensión del “ser amado” por el padre. Casi como signo del deseo del Otro, por el movimiento reversivo de la pulsión, lo que en el primer tiempo, descalificaba al rival, dejando al sujeto como objeto único del amor paterno, aparece en un segundo momento como lo que lo califica a él, lo que lo distingue, o más bien lo privilegia en su relación al Otro. Algo se ha producido en este movimiento reflexivo, de la pulsión, de la vuelta contra sí mismo. La presencia del otro como semejante, la posibilidad de identificación con el otro especular, es condición de la reversión pulsional. Lacan nos va a decir que a partir de allí el fantasma queda ligado al yo (*moi*) del sujeto, es decir en la dimensión imaginaria estructural, de la identificación especular. Siguiendo a Freud, se trataría de una regresión, donde la satisfacción se despliega desde lo pre-genital, la fase sádico-anal de la libido. ¿Qué encrucijada subjetiva impulsa a la regresión? Podríamos avanzar y pensar que se trata de un modo regresivo de inscribir la Ley. La modalidad enunciativa de la regresión es la fórmula de la *Verneinung*. Regresión que tiene como efecto la fijación pulsional. Fijación pulsional que al anudarse a la fantasía de castigo, es inscripción y desmentido a su vez de la Ley. La relación a la Ley está presente claramente en el tercer tiempo, donde los otros, los semejantes, están sometidos a la ley del látigo, donde el golpe del látigo se universaliza como significante privilegiado de la relación a la Ley.

Si la sustitución es la operación fundante que determina la posibilidad de movimiento, de engendramiento temporal, la metáfora paterna será la operación estructural que condicione necesariamente la instauración de los pasajes y transformaciones inherentes a las fases de la fantasía aisladas por Freud. Puede conjeturarse que lo que se pone en juego en la instauración de la metáfora paterna es la donación de tiempo. En *Dar (el) tiempo*, Derrida (1995) sostiene que lo que se “da” si hay don, es la temporalidad, es la instauración del plazo, o en otros términos el don como tal engendra tiempo. Tiempo que es efecto del exceso transmitido en el lazo filiatorio. Exceso que produce el trabajo de la fantasía como “fantasmaticización” de una posibilidad de retorno, siguiendo a Derrida, en el círculo de retribución abierto por el don. El intercambio al que “obliga” el don, como exceso recibido, cuyo destino será el desborde “pulsional” permanente, del texto de la fantasía. En este sentido se busca delinear la noción de temporalidad psíquica, entendiendo que

el exceso transmitido en el lazo filiatorio produce la modalidad temporal singular que articula los movimientos del fantasma.² La erogenización, que supone en el fundamento la “cadaverización” del cuerpo, por la vía del masoquismo, es el modo en que se inscribe en el cuerpo la prohibición. Edgardo Haimovich (2001) sitúa la filiación como transmisión de la falta del padre. Desde esta perspectiva, toma el carácter de necesidad en la constitución subjetiva, la erogenización por la vía del masoquismo, como inscripción de la ambivalencia en relación al padre. Ambivalencia que es consecuencia de la alteridad que imprime el empuje pulsional (*Drang*) al campo de los “afectos”. Por lo cual, retornando a Freud, el masoquismo erógeno es necesario a la estructura, en tanto “relicto”, de lo no ligado por Eros, efecto del vaciamiento constitutivo que produce la operación de la metáfora paterna.

Referencias Bibliográficas

- AGAMBEN, G. 2003. *El lenguaje y la muerte*. Buenos Aires, Argentina: Adriana Hidalgo Editora.
- DERRIDA, J. 1995. *Dar (el) tiempo*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- FREUD, S. 1979. *Proyecto de Psicología* [1895], Tomo I, Obras Completas. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.
- _____. 1979. *Pulsiones y destinos de pulsión* [1915], Tomo XIV, Obras Completas. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.
- _____. 1979. *Más allá del principio del placer* [1920], Tomo XVIII, Obras Completas. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.
- _____. 1979. *Pegan a un niño. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales*. [1919], Tomo XVII, Obras Completas. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- _____. 1923. *El yo y el ello*, Tomo XIX, Obras Completas. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.
- _____. 1979. *El problema económico del masoquismo* [1924], Tomo XIX, Obras Completas. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.
- FUKELMAN, J. 2002. *Sonidos: Juego*. Revista Fort-da N°5, Junio de 2002. en <http://www.fort-da.org/fort-da5/sonidos.htm>. Aceso en: 26 del jul. 2019
- HAIMOVICH, E. 2001. “Ley y violencia” Clase desgrabada del 3/11/2001, del Seminario *Legalidad y perversión*. Carrera de Psicología Clínica, Institucional y Comunitaria, UNR.
- LACAN, J. 2001. *Las formaciones del Inconsciente*. El Seminario de Jaques Lacan,

2 Esto parece ser el gran hilo conductor del Ensayo sobre el don, que la exigencia de restitución dentro de un plazo, con un vencimiento retardado la *différance* circulatoria está inscrita, para aquellos que participan de la experiencia del don y del contra-don, en la cosa misma que se da o se intercambia”. Podríamos pensar que es en el marco de este circuito del don y el contra-don, donde se despliega toda la producción fantasmática. Hay don en términos de Derrida, si esta producción subjetiva es posible. (Derrida,1995, p.46).

Libro 5. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Paidós.
LE POULICHET, S. 1996. *La obra del tiempo en psicoanálisis*. Buenos Aires:
Argentina: Amorrortu editores.

Revista digital: www.ifch.unicamp.br/ojs/index.php/modernoscontemporaneos



This is an open-access article distributed under the terms of the Creative Commons Attribution License.